GUSTAV MEYRINK LA ESFERA NEGRA Y OTROS RELATOS INSÓLITOS



LA ESFERA NEGRA Y OTROS RELATOS INSÓLITOS

Gustav Meyrink



MUNICIPALIDAD DE LIMA

GUSTAV MEYRINK

LA ESFERA NEGRA Y OTROS RELATOS INSÓLITOS



Gustav Meyrink

Nació en Viena, entonces perteneciente al Imperio Austrohúngaro, el 19 de enero de 1868. Fue un eximio cultivador de la literatura fantástica, y digno heredero de las influencias de E. T. A. Hoffmann y de Edgar Allan Poe.

Sus novelas y cuentos reflejan una visión pesimista de la civilización de las máquinas junto con algunos acentos fuertemente satíricos sobre la burguesía. Su gusto por la parodia grotesca se refleja en *El cuerno del filisteo alemán* (1913), compilación de más de cincuenta relatos. Su obra maestra es la novela *El Golem* (1915), adaptada tempranamente al cine por Paul Wegener (1920), y su demás repertorio novelístico comprende los libros *El rostro verde* (1916) y *La noche de Walpurgis* (1917), *El dominico blanco* (1921) y *El ángel de la ventana occidental* (1927), en los cuales, según los gustos del público de su tiempo, recupera en visiones apocalípticas la catástrofe de la guerra.

Fallece el 4 de diciembre de 1932, en Starnberg, Alemania.

La esfera negra y otros relatos insólitos
Gustav Meyrink

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

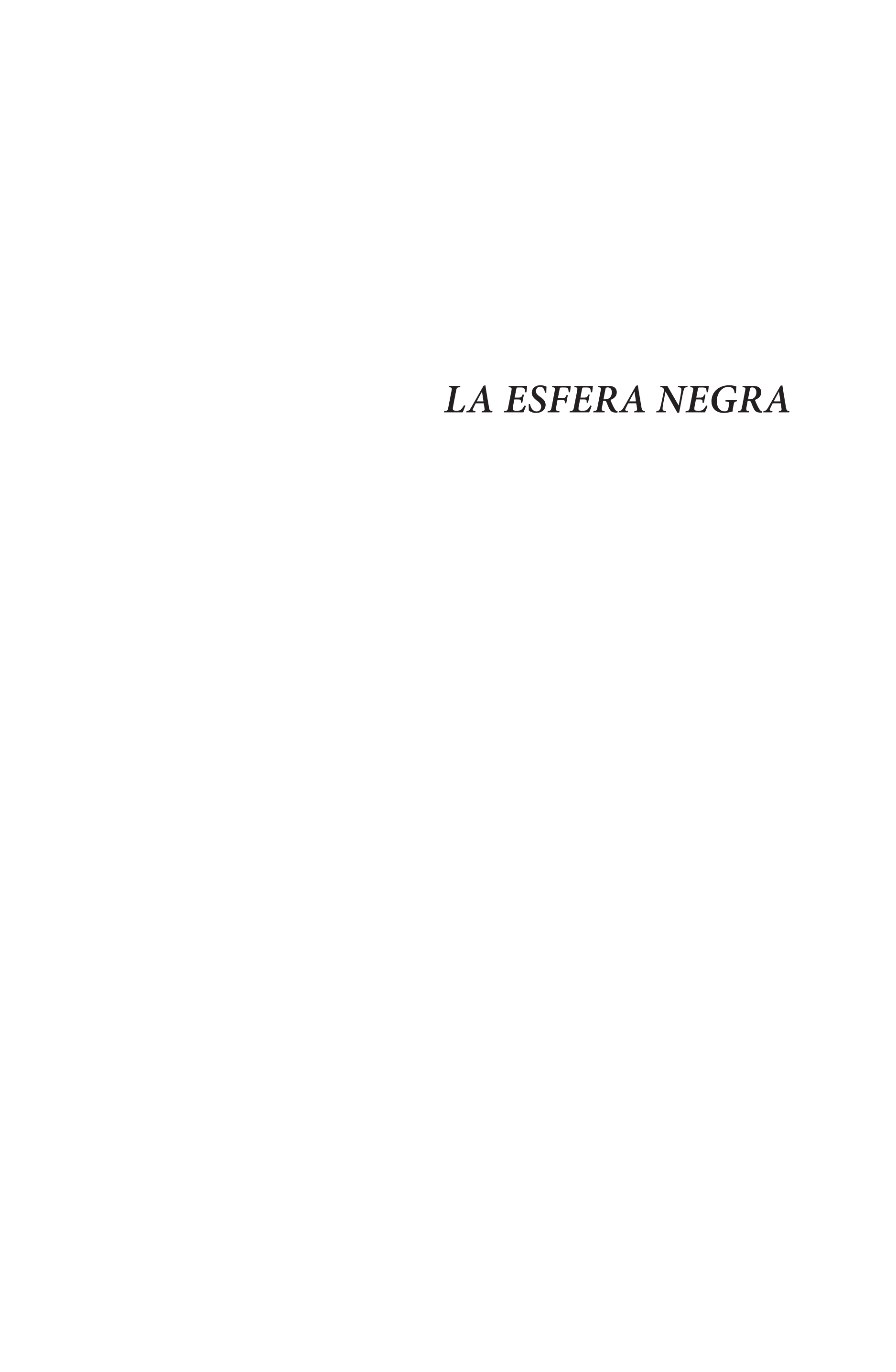
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA ESFERA NEGRA

La noticia llegó al principio como una leyenda, un rumor. De Asia penetró a los centros de cultura occidentales, y decía que en Sikkhim, al sur del Himalaya, unos penitentes totalmente incultos y semibárbaros, los llamados *gosaines*, habían hecho un descubrimiento realmente fabuloso.

Aunque los diarios anglohindúes publicaron el rumor, parecían estar peor informados que los rusos, pero los entendidos no se extrañaban de ello, pues es sabido que Sikkhim elude con asco a todo lo inglés.

Ese sería, sin duda, el motivo por qué el misterioso descubrimiento llegase a Europa dando rodeo a través de San Petersburgo-Berlín.

A los círculos científicos de Berlín por poco les dio el baile de San Vito al serles presentados los fenómenos.

La gran sala, destinada exclusivamente a conferencias científicas, estuvo totalmente llena. En el centro, sobre un estrado, estaban los dos experimentadores hindúes: el *gosain* Deb Shumsher Dshung, con la cara hundida, cubierta de sagrada ceniza blanca, y el moreno brahmán Radshendralamitra, solo identificable como tal por el

delgado cordel de algodón que le colgaba sobre la mitad izquierda del pecho.

Desde el techo de la sala pendían de alambres, a la altura de un hombre, matraces químicos de vidrio en los que podían verse huellas de un polvo blancuzco, presumiblemente yoduros, según explicaba el intérprete.

Entre el silencio del auditorio, el *gosain* se acercó a uno de los matraces, ató una delgada cadenilla de oro al cuello del recipiente y enlazó los extremos alrededor de las sienes del brahmán. Después se puso detrás de aquel, lanzó los brazos y murmuró los *mantrams*, fórmulas mágicas, de su secta.

Las dos ascéticas figuras parecían estatuas, con esa inmovilidad que solo se encuentra en los arios asiáticos cuando se entregan a sus meditaciones religiosas.

Los negros ojos del brahmán miraban fijamente al matraz. La multitud estaba como hechizada.

Muchos tuvieron que cerrar los ojos o mirar a otra parte para no desmayarse. La visión de tales figuras petrificadas tiene algo de hipnótico, y más de uno

preguntó en un susurro a su vecino si no le parecía a él también que la cara del brahmán se desvanecía a veces, como envuelta en niebla.

Esta impresión, sin embargo, la producía tan solo el aspecto del signo sagrado del *Tilak* sobre la oscura piel del hindú, una gran «U» blanca, que todo fiel lleva en la frente, el pecho y los brazos, como símbolo de Vichnú, el sostenedor.

De súbito brilló en el matraz de vidrio una chispa que hizo explotar la pólvora. Un instante: humo, después apareció en el frasco un paisaje indio de indescriptible belleza. ¡El brahmán había proyectado sus pensamientos!

Era el Taj Mahal de Agra, aquel castillo encantado del gran mogol Aurungzeb, donde este hizo encerrar a su padre hace cientos de años.

La construcción de la cúpula, de un blanco azulenco como nieve cristalina —con esbeltos alminares a los lados—, de un esplendor que obliga al hombre a ponerse de rodillas, se reflejaba en una infinita vía de agua reluciente, entre cipreses mecidos por el ensueño.

Una imagen que despierta una oscura nostalgia de campiñas olvidadas en el hondo sueño de la transmigración de las almas.

* * *

Rumor de voces de los espectadores, asombro e interrogación. El frasco fue destapado e iba de mano a mano.

—Tales imágenes del pensamiento fijadas se mantienen durante meses —tradujo el intérprete—, sobre todo por proceder de la inmensa fuerza de imaginación permanente de Radshendralamitra. Las proyecciones de los cerebros europeos, en cambio, no tienen ni aproximadamente tal duración ni esplendor de colorido.

Se hicieron muchos más experimentos todavía, y en parte fue de nuevo el brahmán, en parte este u otro de los sabios solicitados que se anudaba la cadenilla alrededor de las sienes.

Solo las proyecciones de la imaginación de los matemáticos fueron realmente claras; bastante extraños fueron, en cambio, los resultados salidos de las cabezas de las lumbreras de la jurisprudencia. Y la esforzada proyección del pensamiento del famoso profesor de psiquiatría, consejero de Sanidad, Chacharero, causó general asombro. Incluso los solemnes asiáticos se quedaron con la boca abierta: una cantidad increíble de migas incoloras, seguidas de un conglomerado de grumos y carámbanos desvaídos, se habían formado en el matraz mágico.

—Parece ensaladilla rusa —dijo, desdeñosamente, un teólogo, que por precaución se abstuvo de participar en los experimentos.

Sobre todo en el centro, donde, según lo subrayó el intérprete, se precipitaban, en los pensamientos científicos, las imágenes relativas a la física y la química, había una materia gelatinosa del todo.

Los hindúes no se dejaron inducir a dar explicaciones acerca de cómo se producían propiamente los fenómenos. «Más tarde, más tarde», decían en su alemán chapurrado.

* * *

Dos días más tarde hubo otra presentación de los aparatos —esta vez semipopular— en otra metrópoli europea.

De nuevo la tensión del público, el aliento suspendido y las mismas exclamaciones de admiración, cuando, bajo la influencia del brahmán, apareció la imagen de la extraña fortaleza tibetana Taklakot.

De nuevo siguieron las proyecciones del pensamiento de los notables de la ciudad que, más o menos, no decían nada.

Los médicos sonreían con superioridad, pero esta vez fueron inconmovibles en su negativa de trasegar su imaginación a la botella.

Cuando, finalmente, se acercó un grupo de oficiales de la milicia, todo el mundo les hizo sitio respetuosamente. ¡Vaya, es natural!

—Qué te parece, Gustavín, si pensaras algo —dijo un teniente, con peinado de raya, engominado, a su compañero.

—No, hombre, con todos estos civiles por aquí…

—Pero, caballeros, uno de ustedes… —les conminó, irritado, el mayor.

Un capitán salió al frente:

—A ver, usted, intérprete, ¿se puede pensar algo ideal? ¡Me gustaría pensar algo ideal!

—¿Y qué será, mi capitán?

—A ver, a ver, lo que piensa la fuerza armada —gritó uno de la multitud.

—Bueno —dijo el capitán—; pues nada, que voy a pensar en las disposiciones del nuevo código de honor. ¡Esto es!

—¡Ejem! —El intérprete se sobaba la barbilla—. ¡Ejem!, yo, ¡ejem!, yo pienso, mi capitán, ¡ejem!, que las botellas, ¡ejem!, no sean tal vez lo bastante resistentes para esto.

Un teniente primero se abrió paso:

—Entonces, déjeme a mí, compañero.

—Sí, sí, que vaya Kátchmatchek —gritaron todos—. Es un pensador de primera.

El teniente primero se anudó la cadenilla alrededor del cráneo.

—Por favor —el intérprete, turbado, le alcanzó un paño—, por favor…, es que la gomina actúa como aislante.

Deb Shumsher Dshung, el *gosain*, con su taparrabo rojo y la cara embadurnada de blanco, se puso detrás del oficial. Parecía aún más lúgubre que en Berlín.

Después levantó los brazos.

Cinco minutos…

Diez minutos…, nada.

El *gosain* apretó los dientes con el esfuerzo. Gotas de sudor le corrían por la cara.

¡Ahora! Por fin. La pólvora, ciertamente, no hizo explosión, pero una esfera de color negro terciopelo, del tamaño de una manzana, flotaba libremente dentro del frasco.

—Este chisme no sirve para nada —se disculpó, con una risa forzada, el oficial, y descendió del estrado.

La multitud bramaba de risa.

El estupefacto brahmán tomó el frasco. ¡Ahí va! Apenas lo miró cuando la esfera que flotaba adentro tocó la pared de vidrio. Esta saltó al instante, y los cascos, cual atraídos por un imán, volaron hacia la esfera para desaparecer en ella sin dejar rastro.

Ahora el cuerpo redondo de color negro terciopelo flotaba libremente, inmóvil, en el espacio.

Propiamente dicho, la cosa no parecía en absoluto una esfera, y daba más bien la impresión de un agujero. Y, en realidad, no era otra cosa que un agujero.

Era la «nada» absoluta, matemática.

Lo que ocurrió después no fue sino el fenómeno necesariamente consecuente de esa «nada». Toda cosa colindante con esa «nada» se precipitaba inexorablemente adentro, para convertirse a su vez en «nada», es decir, desaparecer sin dejar rastro.

Efectivamente, se produjo en seguida un fuerte zumbido, que cobraba una violencia cada vez mayor, ya que el aire de la sala era absorbido por la esfera. Trozos de papel, guantes, velos de señora, todo lo arrastraba consigo en la succión.

Y cuando uno de los militares pinchó la misteriosa esfera con su sable, la hoja desapareció como si se hubiese fundido.

—Esto pasa de castaño oscuro —exclamó el mayor, a la vista de ello—. Esto no lo puedo tolerar. Vámonos, señores, vámonos. Por favor.

—¿Y qué es lo que has pensado, Kátchmatchek? —preguntaron los caballeros al abandonar la sala.

—¿Quién, yo? Bueno…, lo que uno puede pensar así…

* * *

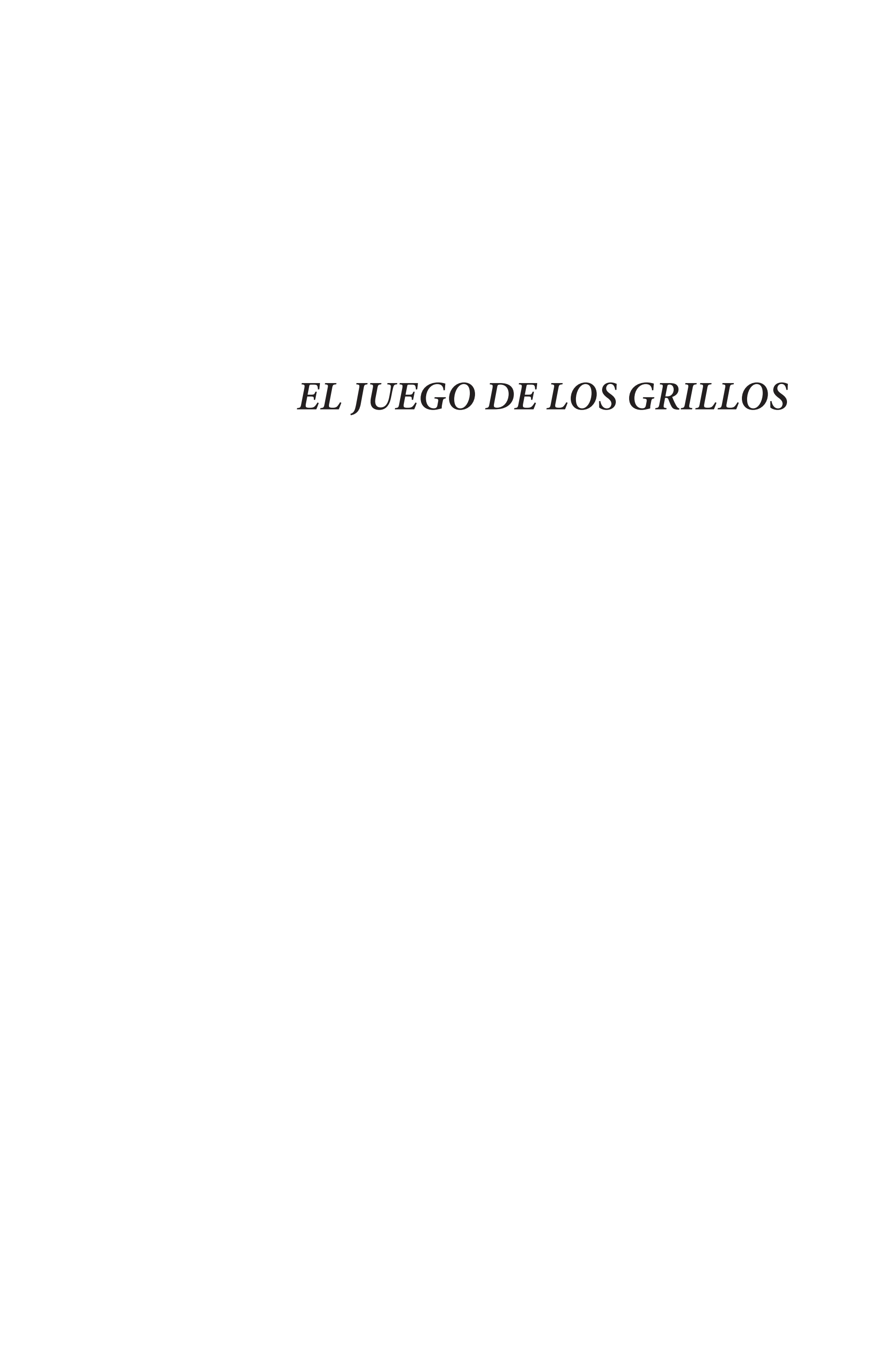
La multitud, que no sabía explicarse el fenómeno y solo oía el terrorífico zumbido que crecía sin cesar, se apretujaba, asustada, junto a las puertas.

Los únicos que se quedaron fueron los dos hindúes.

—Todo el universo que Brahma creara, que Vichnú sostiene y Siva destruye, se precipitará, poco a poco, en esta esfera —dijo, solemnemente, Radshendralamitra—. ¡Es la maldición de haber ido a los países del Occidente, hermano!

* * *

—¿Qué importa? —murmuró el *gosain*—. Una vez hemos de llegar todos al reino negativo del ser.



EL JUEGO DE LOS GRILLOS

—¿Y? —preguntaron los señores, como por una sola boca, al entrar el profesor Goclenius más rápidamente de lo que era su costumbre y visiblemente alterado—. ¿Le entregaron las cartas? ¿Ya está Johannes Skoper viajando de regreso a Europa? ¿Cómo se encuentra? ¿Llegó alguna colección con el correo? —inquirían todos a la vez.

—Solamente esto —dijo el profesor muy serio, colocando sobre la mesa un paquete de hojas manuscritas y un frasquito en el que se podía ver un insecto muerto de color blancuzco y del tamaño de un ciervo volante—. El embajador chino me lo entregó personalmente con la aclaración de que llegó esta mañana, vía Dinamarca.

—Me temo que se ha enterado de alguna noticia desagradable sobre nuestro colega Skoper —le cuchicheó al oído un caballero de barba afeitada a un anciano profesor de ondulante melena leonina, director como él en el Museo de Ciencias Naturales, que se había quitado los lentes y observaba con profundo interés el insecto metido en el frasquito.

Era aquel un recinto muy particular, en el que los señores —seis en total, y todos ellos investigadores

científicos de la vida de los lepidópteros y coleópteros— se hallaban sentados alrededor de una ancha y larga mesa.

La mezcla de los olores de alcanfor y sándalo acentuaba ese clima extrañamente mortuorio que se desprendía de los diodones que pendían de cuerdas fijadas en el cielorraso y que, con sus ojos vidriosos y saltones parecían las cabezas truncadas de espectadores fantasmales, las máscaras diablescas de salvajes tribus insulares, los huevos de avestruz, las bocazas de tiburón y los dientes de narval, los monos derrengados y de otras mil formas y figuras grotescas provenientes de zonas muy lejanas.

De las paredes —colgados sobre los marrones armarios carcomidos que tenían algo de monacal bajo el sol del atardecer que jugueteaba con las plantas del jardín y las combadas rejas de la ventana— pendían, amorosamente enmarcados en oro y semejantes a retratos de venerables antepasados, cuadros a todo color de escarabajos en proporciones gigantescas.

Con una de sus manos extendida en un gesto cordial, una tímida sonrisa rodeándole los ojitos redondos y la

nariz en forma de botón, con el alto sombrero de copa de uno de los señores disectores sobre su cabeza y el porte de un alcalde de aldea que se hace fotografiar por primera vez en la vida, un lirón se asomaba obsequiosamente desde un ángulo del aula, en el que también se balanceaban unos cuantos cueros de víbora.

La cola oculta entre las sombras más lejanas del corredor y las partes más nobles de su cuerpo a punto de recibir una nueva mano de esmalte —para dar cumplimiento de este modo al deseo expreso del señor ministro de Enseñanza—, el orgullo de todo el instituto; un cocodrilo de doce metros de largo, espiaba por la puerta entreabierta. El profesor Goclenius había tomado asiento, desatado la cinta que mantenía atadas las hojas manuscritas y pasado rápidamente la mirada sobre las primeras líneas acompañándose con un murmullo inteligible.

—Esto está fechado en Butan, en el sudeste del Tíbet, el 19 de julio de 1914, o sea cuatro semanas antes del estallido de la guerra; de lo que se infiere que esta carta tardó más de un año en llegar a nuestras manos —y agregó luego de una pequeña pausa—: nuestro colega

Johannes Skoper escribe aquí, entre otras cosas, lo siguiente:

En otra oportunidad les relataré más detalladamente el rico botín que pude obtener durante mi largo viaje por tierras fronterizas chinas, pasando por Assam hasta llegar a Bután, país todavía inexplorado. Hoy solo quiero referirme lo más sucintamente posible a las circunstancias asombrosas a las que debo el descubrimiento de un grillo blanco, como verán, totalmente nuevo —el profesor Goclenius señalaba mientras leía estas últimas palabras al insecto que estaba en el frasco—, y que los chamanes utilizan para fines religiosos bajo el nombre de Phat, una palabra que les sirve a la vez de insulto para todo lo que se parezca a un europeo o individuo de raza blanca.

Pues bien: cierta mañana me entero —por intermedio de unos peregrinos lamaístas que se dirigían a Lhasa— que cerca de mi campamento se encontraba un alto exponente de los Dugpas, algo así como sacerdotes del diablo temidos en todo el territorio del Tíbet, reconocibles por sus gorros escarlatas, y que afirman ser descendientes directos del demonio de los hongos. Lo cierto es que estos Dugpas pertenecen a la antiquísima

religión tibetana de los lamaístas y chamanes de la cual conocemos poco y nada, y son hijos de una raza extraña, cuyos orígenes se remontan hasta la noche de los tiempos. Este Dugpa —me decían los peregrinos mientras hacían girar furtiva y supersticiosamente su molinillo de oraciones— es un Samtche Mitchebat, un ser que ya no debe ser designado como hombre, que puede «ligar y desligar», alguien que, para decirlo en pocas palabras, gracias a su facultad de ver más allá del tiempo y del espacio, puede realizar todo lo que se proponga en esta tierra. Existen, así me dijeron, dos caminos para alcanzar esas alturas que sobrepasan todos los poderes humanos: uno, que es el de la «luz» —la compenetración con Buda—, y otro opuesto: el «camino de la mano izquierda», al que solamente tiene acceso un Dugpa de nacimiento… y que viene a ser un camino espiritual lleno de horror y de espanto. Estos Dugpas «natos» pueden aparecer —aunque muy raras veces— en cualquiera de los puntos cardinales y son casi siempre hijos de padres sumamente religiosos. «Parecería», opinaba el peregrino que me confesaba todas estas cosas, «que la mano del señor de las sombras colocara en estos casos una rama emponzoñada en el árbol de la santidad». Resulta ser que existe un solo

medio para saber si un niño se halla o no espiritualmente vinculado a la liga de los Dugpas, de ser así, el remolino de cabello que todos tenemos en la coronilla debe girar de izquierda a derecha en vez de hacerlo en dirección inversa».

Yo expresé inmediatamente, por pura curiosidad, mi deseo de conocer personalmente al Dugpa de alto rango que se hallaba por los alrededores, pero el jefe de mi caravana, que también es un tibetano oriental, se negó terminantemente.

—¡Son puras tonterías! —gritaba—, en todo el territorio de Bután no hay un solo Dugpa; sin contar que ningún Dugpa, y mucho menos un Samtche Mitchebat, se avendría a mostrar sus artes a un ser de raza blanca!

La oposición demasiado enfática de este hombre despertó en mí sospechas cada vez mayores a medida que él se desgañitaba, y después de un larguísimo y astuto interrogatorio pude sonsacarle que él mismo practicaba la religión de los Bonzos y que estaba perfectamente enterado, por el tinte rojizo de los vapores que despedía la tierra, eso es lo que me quiso hacer creer, que había un Dugpa en las cercanías del campamento.

—Pero nunca consentiría en ofrecerte una muestra de sus artes —seguía repitiendo sin cesar.

—¿Por qué no? —seguí preguntando.

—Porque no asumiría la… responsabilidad.

—¿Qué clase de responsabilidad? —quise saber.

—Sucede que las perturbaciones que con ello ocasionaría en el reino de las causas lo lanzarían nuevamente en la vorágine de las reencarnaciones, si es que no ocurre algo muchísimo peor.

Yo estaba interesado en saber más acerca de la misteriosa religión de los Dugpas, por lo que le pregunté:

—¿Tiene el hombre, según tu religión, un alma?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?

Por toda respuesta el tibetano arrancó de la tierra una brizna de hierba y le hizo un nudo:

—¿Tiene esta brizna un nudo?

—Sí.

Desató el nudo.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no lo tiene.

—De ese mismo modo tiene el hombre un alma y no la tiene —afirmó con toda llaneza.

Traté de encarar la cosa de otro modo para llegar a tener una idea más clara acerca de su manera de pensar:

—De acuerdo, supongamos ahora que al cruzar aquel desfiladero tan terriblemente peligroso te hubieras caído al abismo, ¿tu alma habría seguido viviendo o no?

—¡Yo no me habría caído!

Haciendo una nueva tentativa le mostré mi revólver:

—Y si ahora te mato de un tiro, ¿seguirías viviendo o no?

—Tú no me puedes matar.

—¡Claro que puedo!

—Bueno, entonces trata de hacerlo.

¡Ni loco!, pensé para mis adentros, ese sí que sería un buen enredo… Andar por este ilimitado terreno montañoso sin un jefe de caravana… Él pareció haber adivinado mis pensamientos y sonrió no sin cierto sarcasmo. Era desesperante. Me quedé callado por un buen rato.

—Lo que sucede, es que no puedes querer —dijo retomando la palabra—. Detrás de tu voluntad hay una infinita cantidad de deseos, algunos que conoces y otros que no conoces, y todos ellos son más fuertes que tú.

—¿Qué es entonces el alma según tu religión? —le pregunté enojado—. ¿Tengo yo, por ejemplo, un alma?

—Sí.

—¿Y si me muero mi alma sigue viviendo?

—No.

—¿Pero la tuya, después de tu muerte, sí?

—Sí. Porque yo tengo un nombre.

—¡Yo también lo tengo!

—Sí, pero no conoces tu nombre verdadero, por lo tanto, no lo tienes. Eso que consideras tu propio nombre no es más que una palabra hueca inventada por tus padres. Cuando duermes te lo olvidas, yo no me olvido de mi nombre cuando duermo.

—¡Pero cuando estés muerto tampoco podrás saberlo! —repliqué.

—No. Pero el maestro lo conoce y no lo olvidará jamás, y cuando él me llame por mi nombre verdadero, volveré a levantarme; solamente yo y ningún otro, porque yo soy el único que lleva mi nombre. Nadie más que yo lo tiene. Eso que tú dices que es tu nombre lo tienen muchos otros en común contigo… Igual que los perros —terminó murmurando con desprecio. Y si bien entendí

perfectamente sus últimas palabras, dejé que creyera que no había sido así.

—¿Y qué es lo que tú entiendes por maestro? —le pregunté con la mayor naturalidad.

—El Samtche Mitchebat.

—¿El que ahora es casi nuestro vecino?

—Sí, pero es solo su reflejo el que se encuentra ahora cerca de este campamento. Aquel que él es en realidad está en todas partes. Y puede no estar en parte alguna si quiere.

—¿Eso quiere decir que puede volverse invisible? —tuve que sonreír a pesar mío—, ¿quieres insinuar acaso que a veces está dentro del mundo en que vivimos y a veces fuera de él; que a veces está y otras veces no?

—Un nombre también está solo cuando se lo pronuncia, y cuando no se lo pronuncia no está más —fue la respuesta del tibetano.

—¿Y puedes tú, por ejemplo, convertirte también en un maestro?

—Sí.

—De modo que entonces habría dos maestros, ¿no es así?

Yo me sentía triunfante, ya que, para decirlo abiertamente, la arrogancia del tipo me estaba fastidiando; ahora lo tenía bien agarrado en la trampa (mi próxima pregunta sería: ¿si uno de los maestros quiere que brille el sol y el otro quiere hacer que llueva, cuál de los dos gana?); tanto más perplejo me dejó lo que tuve que oír a continuación:

—Si yo llego a ser maestro alguna vez, seré el Samtche Mitchebat. ¿O acaso crees que puede haber dos cosas que sean totalmente semejantes entre sí sin que sean la misma cosa?

—Digas lo que digas, en tal caso serían dos y no uno. Si yo me cruzara con ustedes, serían dos las personas que yo vería y no uno solo —le contradije.

El tibetano se agachó, eligió entre los cristales de calcita que estaban esparcidos por el suelo uno de especial transparencia y me dijo con sorna:

—Coloca esto delante de tu ojo y mira aquel árbol. Lo ves doble, ¿no es cierto? ¿Pero acaso se han convertido por eso en dos árboles en vez de uno?

En el momento no supe qué contestarle, tampoco me hubiera sido fácil expresarme en el idioma de los mongoles, que era el único que podíamos usar para nuestro mutuo entendimiento, con la soltura y lógica necesarias para abordar un tema tan intrincado como este; por lo tanto, tuve que dejarlo creer que la victoria era suya. Pero interiormente estaba asombrado a más no poder por la agilidad espiritual de ese ser semisalvaje, con sus ojos oblicuos de calmuco y vestido con aquella sucia piel de cordero. Hay algo extraño en estos asiáticos de las montañas, por fuera parecen animales, pero a poco que uno les toque su almita, aparece el filósofo.

Volví al punto de partida:

—¿Tú crees entonces que el Dugpa se negaría a mostrarme sus artes porque rechaza la responsabilidad?

—No, seguro que no lo haría.

—¿Pero si soy yo quien asume toda responsabilidad?

Por primera vez, desde que lo conocía el tibetano se desconcertó. Su rostro fue invadido por una inquietud tan grande que no le fue posible disimularla. Una expresión de crueldad salvaje, para mí inexplicable, se alternaba con otra de hondo regocijo. En todos estos meses que anduvimos juntos hemos pasado semanas enteras corriendo peligro de muerte, hemos cruzado abismos que llenarían de pánico a cualquiera, pasando sobre puentes de bambú de apenas un pie de ancho, y a mí más de una vez me pareció que se me paralizaba el corazón; hemos cruzado desiertos y casi nos hemos muerto de sed, y él nunca perdía, ni por un solo minuto, su equilibrio interior. ¿Y ahora? ¿Cuál podía ser la causa que le hacía ponerse tan fuera de sí? Con solo mirarlo me bastó para saber que en su mente las ideas se agitaban en loco torbellino.

—Condúceme hasta el Dugpa, yo te recompensaré holgadamente —intenté de nuevo.

—Quiero pensarlo —me contestó por fin.

Todavía era de noche cuando entró en mi carpa para despertarme. Ya se había decidido, me dijo, y estaba dispuesto.

Había ensillado dos de nuestros hirsutos caballos mongoles, cuya altura no es mucho mayor que la de un perro grande, y nos internamos en la obscuridad de la noche. Los hombres de mi caravana seguían profundamente dormidos alrededor de las casi extinguidas fogatas diseminadas por el terreno.

Pasaron horas sin que cambiáramos una sola palabra. Ese peculiar aroma del almizcle que las estepas tibetanas exhalan durante las noches de julio y el monótono rumor de las retamas al ser barridas por las patas de nuestros caballos, casi me llegan a embriagar de tal manera, que para poder mantenerme despierto, me vi obligado a no quitar mi vista de las estrellas, que aquí, en esta tierra salvaje, tienen algo de llameantes, como si se tratase de trozos de papel encendidos. De ellas se desprende un influjo excitante que le inquieta a uno el corazón.

Cuando las primeras luces del alba comenzaron a trepar por detrás de las cimas de las montañas, pude notar que los ojos del tibetano se mantenían totalmente abiertos, sin pestañear, con la mirada siempre fija en un solo punto del cielo. Observé que estaba como ausente.

Le pregunté varias veces si conocía tan bien el lugar donde hallar al Dugpa como para no prestarle ninguna atención al camino, pero no recibí respuesta alguna.

—Él me atrae como la piedra magnética atrae el hierro —balbuceó por fin, como saliendo de un sueño muy profundo.

Ni al llegar el mediodía nos tomamos un descanso. Siempre mudo, mi acompañante volvía a apresurar el paso de su caballo cada vez que este se mostraba un poco más lento. Yo me vi obligado a comer mi ración de carne de cabra sentado en la montura. Poco antes del anochecer paramos, doblando al pie de un cerro totalmente desnudo, cerca de esas fantásticas carpas que a veces se pueden ver en Bután. Son negras, hexagonales abajo y puntiagudas arriba, de bordes combados, y se hallan paradas sobre una suerte de zancos, de modo que se parecen a enormes arañas que tocan el suelo con sus vientres.

Yo esperaba encontrarme con un sucio chamán de melena y barba desgreñadas, una de esas criaturas dementes o epilépticas, que son tan frecuentes entre los mongoles y tungusos, que se embriagan con infusiones

logradas con la cocción de ciertos hongos y que luego creen estar viendo espíritus o se sienten impelidos a largar de sí profecías incomprensibles. En vez de ello, veo parado ante mí, inmóvil, un hombre de unos buenos seis pies de estatura, sorprendentemente delgado, sin barba, con un brillo oliváceo en el rostro, un color como no lo había visto nunca en un ser humano vivo, siendo la separación entre sus ojos oblicuos tan grande, que se me antojaba antinatural: un ejemplar de una raza humana para mí totalmente desconocida.

Sus labios, lisos como la porcelana, al igual que la piel de toda su cara, eran rojísimos, finos como el filo de un cuchillo y tan, pero tan curvados —especialmente en las comisuras muy alzadas, como congeladas en una sonrisa despiadada—, que parecían haber sido dibujados con pincel sobre su cara.

Me fue imposible quitar la vista de ese hombre por largo tiempo… Y al volverlo a recordar ahora casi diría que me estaba sintiendo como un niño al que se le corta la respiración de puro susto ante la súbita aparición de una máscara terrorífica que emerge de las sombras.

Sobre su cabeza, el Dugpa llevaba un gorro escarlata, en tanto que el resto de su cuerpo se hallaba cubierto hasta los tobillos por una costosa capa de cebellina totalmente teñida de anaranjado.

Tanto él como mi guía no se dirigieron la palabra ni una sola vez, pero yo sigo creyendo que se entendieron mediante gestos y señales secretas, puesto que, sin preguntarme para nada qué era lo que quería de él, el Dugpa dijo de pronto que estaba dispuesto a mostrarme todo lo que yo deseara, siempre y cuando me comprometiera expresamente a asumir toda responsabilidad…, aún sin conocerla.

Yo, por supuesto, me declaré inmediatamente de acuerdo.

Como prueba de ello, yo debía tocar la tierra con mi mano izquierda.

Así lo hice.

Se nos adelantó entonces en silencio durante un corto trecho y nosotros lo seguimos hasta que nos ordenó que nos sentásemos.

Tomamos asiento junto al borde de una elevación de terreno que se asemejaba curiosamente a una mesa.

¿Llevaba yo conmigo un lienzo blanco?

Empecé buscando desesperadamente en todos mis bolsillos, pero nada, hasta que por fin hallé escondido en el fondo rasgado de mi chaqueta un viejo mapa plegadizo de Europa bastante borroso ya (que evidentemente había llevado conmigo sin saberlo durante todo mi viaje por el Asia), lo extendí entre nosotros y le expliqué al Dugpa que el dibujo representaba un mapa de mi patria.

Intercambiaron una rápida mirada con mi guía, y nuevamente pude ver cómo en el rostro del tibetano aparecía esa expresión maligna, casi se podría decir de odio, que tanto me había llamado la atención la noche anterior.

¿Deseaba yo ver el juego mágico de los grillos?

Asentí con la cabeza y supe al instante qué era lo que me iba a tocar presenciar: ese truco famoso que consiste en hacer aparecer diversos insectos bajo el influjo de un silbido o algo semejante.

Tal cual, no me había equivocado, el Dugpa dejó oír un sonido chirriante, suave y metálico (cosa que estas gentes logran mediante el uso de una campanita plateada que llevan oculta entre sus ropas), e inmediatamente un montón de grillos fueron saliendo de sus recovecos dentro de la tierra para reunirse sobre el mapa. Cada vez más y más. Infinidad de ellos.

Ya me estaba enojando de solo pensar que por un ridículo truco circense —que ya había tenido oportunidad de presenciar varias veces en la China—, hubiese emprendido una cabalgata tan trabajosa, pero el espectáculo que de ahí en más se ofreció ante mi vista me compensó con creces el esfuerzo realizado: los grillos no solo pertenecían a una especie totalmente desconocida para la ciencia —lo que los hacía interesantes de por sí—, sino que además se comportaban de una manera más que peculiar. Apenas hubieron tomado contacto con el dibujo del mapa, comenzaron a correr sin ton ni son en todas direcciones, para luego ir formando grupos que se examinaban mutuamente con desconfianza. Súbitamente cayó sobre el centro mismo del mapa una mancha de luz con los colores del arcoíris (provenía, como constaté al momento, de un pequeño prisma de vidrio que el Dugpa

había puesto contra el sol), y en pocos segundos los pacíficos grillos se convirtieron en un apelotonamiento de insectos que se destrozaban entre sí de la manera más abominable. El espectáculo era demasiado repulsivo como para pensar en describirlo. El chirriar de los miles y miles de alas daba un tono altísimo, casi melodioso, que me llegó hasta la médula de los huesos. Si bien se asemejaba al canto de los grillos que todos conocemos, estaba compuesto de un odio tan infernal mezclado con una suerte de lamento tan atroz, que yo sé que no lo podré olvidar jamás.

Por debajo de esa masa de cuerpos, se iba derramando un jugo espeso y verdoso.

Le ordené al Dugpa que parara de inmediato esa bestialidad, pero él ya había guardado el prisma y se limitó a responderme con un encogimiento de hombros.

En vano me esforzaba por separar a los grillos con un palo: sus locas ganas de matar ya no conocían límite.

Cada vez aparecían más de ellos, venían en tropel para participar de este juego macabro hasta formar una montaña vibrante y pataleante tan alta casi como un hombre.

A una legua a la redonda, la tierra se hallaba cubierta por insectos enloquecidos que formaban una masa blancuzca que pugnaba por llegar al centro movida por un solo pensamiento: matar, matar, matar.

Algunos grillos que iban cayendo malheridos del montón y no podían volver a subir, se destrozaban a sí mismos con sus antenas.

El chirrido era por momentos tan fuerte y tan espantosamente agudo, que me tuve que tapar los oídos con las manos, porque estaba seguro de no poder soportarlo más.

Finalmente, gracias a Dios, los animales parecían ser cada vez menos, las filas que salían de debajo de la tierra se hacían cada vez más ralas hasta que cesaron por completo.

—¿Y ahora qué se propone? —pregunté al tibetano cuando vi que el Dugpa no demostraba ninguna intención de dar por terminada la representación, sino que más bien parecía esforzado en mantener sus pensamientos concentrados en vaya uno a saber qué idea. Su labio superior estaba contraído de modo tal que se podían

ver claramente sus dientes afilados y puntiagudos. Eran negros como la brea, sospecho que de tanto mascar hojas y yerbas, una costumbre muy difundida en estas zonas.

—Liga y desliga —oí que me respondía el tibetano.

A pesar de que yo no cesaba de repetirme a mí mismo que no eran más que insectos los que aquí habían encontrado una muerte tan horrenda, no podía evitar sentirme por demás impresionado, tanto, que por momentos creí desvanecerme… y la voz continuaba llegándome de muy lejos:

—Liga y desliga…

No podía entender su significado, y sigo aún hoy sin entenderlo. Tampoco puede decirse que después de lo ya relatado sucediera algo digno de ser tomado especialmente en cuenta. ¿Por qué sería entonces que yo permanecí ahí sentado? Tal vez pasaran horas, no lo sé. Era como si la voluntad de levantarme hubiese desaparecido de mi cuerpo, no puedo definirlo de otro modo.

Poco a poco el sol se iba hundiendo, y tanto el paisaje terreno como el celeste fue adquiriendo ese tinte rojo y

anaranjado totalmente irreal, que cualquiera que haya estado alguna vez en el Tíbet tan bien conoce. El colorido de este cuadro solo es comparable al de las carpas que se pueden hallar en las romerías europeas.

No me podía desprender de las palabras: «liga y desliga»; paulatinamente iban adquiriendo en mi cerebro un sentido espantoso de verdad; en mi imaginación el bulto compacto y enorme de grillos se convertía en millones de soldados agonizantes. Sentí de pronto mi garganta como estrangulada por un misterioso e inconmensurable sentido de responsabilidad, cuyo tormento era aún mayor por lo mismo que me era imposible hallar su origen.

Por un momento, tuve la impresión de que el Dugpa se había ido y que en su lugar tenía delante de mí, escarlata y verde oliva, a la abominable estatua del dios de la guerra tibetano.

Pude luchar contra esa visión hasta tener nuevamente ante mis ojos a la realidad tal cual era; pero a mí no me bastaba con esa realidad: los vapores que se elevaban de la tierra, las cimas dentelladas y nevadas de las montañas que se recortaban en el horizonte, el Dugpa con su gorro

escarlata, yo mismo, con mis ropas mitad europeas mitad asiáticas, y finalmente esa carpa negra con sus patas de araña, ¡todas esas cosas no podían ser reales! Realidad, fantasía, visión… ¿Qué era verdad?, ¿qué era mentira? Y para colmo esa torturante sensación de que mi pensamiento se abría dejando un gran espacio hueco cada vez que volvía a hostigarme el miedo a ese nuevo, inexplicable, terrible sentido de responsabilidad.

Más tarde, mucho más tarde… durante mi viaje de regreso, este acontecimiento fue creciendo en mi memoria como una exuberante planta venenosa que yo trataba en vano de extirpar.

De noche, cuando no puedo conciliar el sueño, comienza a tomar cuerpo en mí la vaga sensación de estar a punto de comprender el significado de la frase: «liga y desliga», y entonces trato de asfixiarla para que no pueda madurar, del mismo modo en que uno trata de sofocar un fuego antes de que se propague… Pero de nada sirve defenderme… En mi imaginación puedo ver cómo del montón de grillos muertos se alza un vapor rojizo que se va formando en nubes, que obscureciendo el cielo como las nubes fantasmales que trae el monzón, se precipitan hacia Occidente.

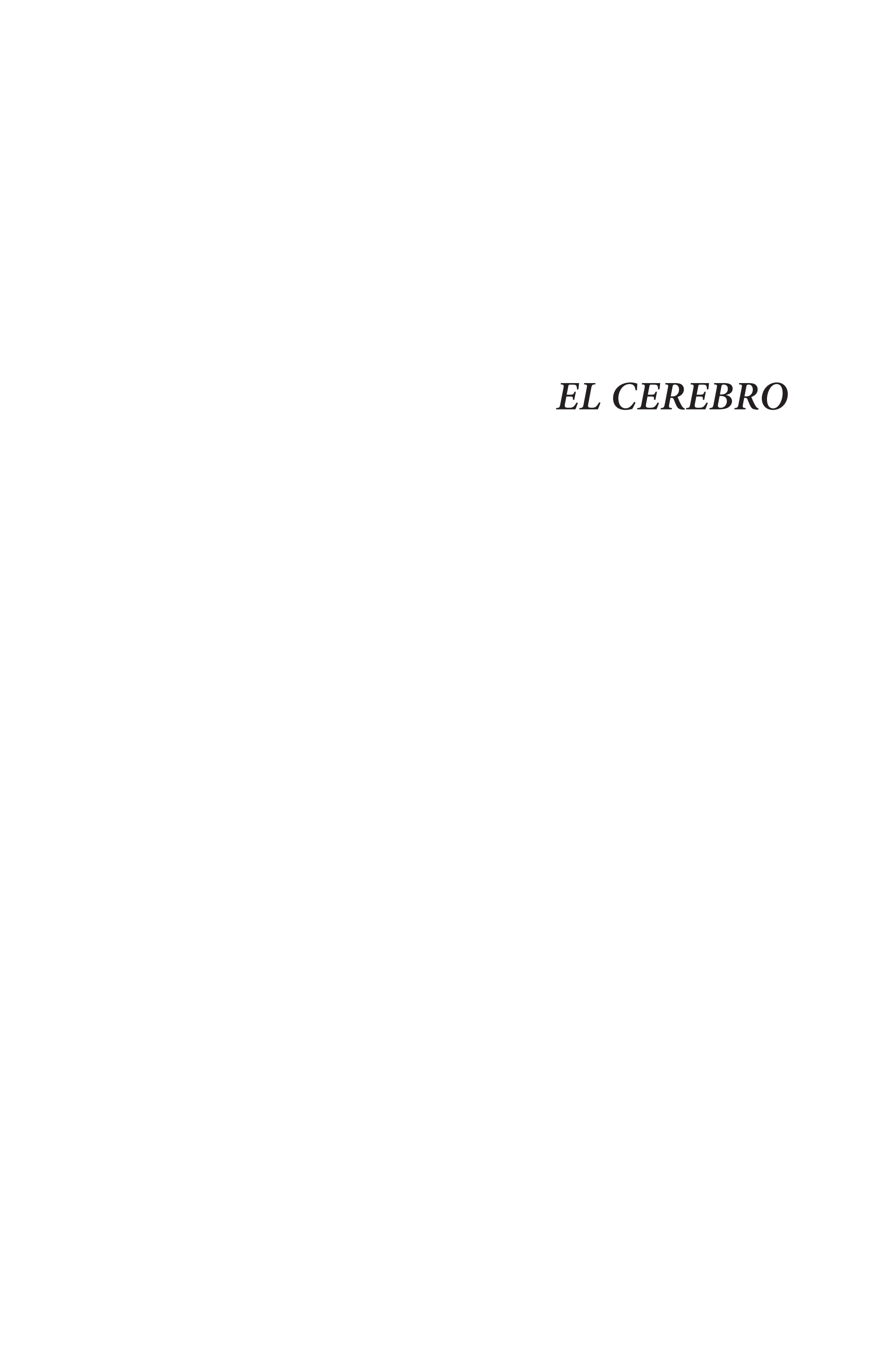
Y ahora mismo, mientras escribo estas líneas, siento algo que yo… yo… yo…

—Aquí la carta se interrumpe —dijo el profesor Goclenius—; desgraciadamente debo comunicarles ahora que en la embajada china me dieron la desgraciada nueva de la muerte de nuestro estimado colega Johannes Skoper, acaecida en el lejano oriente… —el profesor no pudo seguir; un fuerte grito lo interrumpió: «No puede ser, el grillo sigue vivo después de todo un año! ¡Increíble! ¡Atrápenlo! ¡Se vuela!». Vociferaban todos al mismo tiempo. El profesor de la melena leonina había destapado el frasco dejando salir al insecto aparentemente muerto.

Un momento después de todo este alboroto, el grillo había salido volando por la ventana hacia el jardín, y los graves señores científicos, en su afán por darle caza, casi se llevan por delante al portero del museo que venía para encender las lámparas de la sala de profesores.

Moviendo pensativamente la cabeza, el viejo observaba a esos extraños personajes que en el jardín trataban de dar caza a un pequeño insecto volador. Luego miró hacia el cielo del atardecer rumiando para sí: «¡Las formas que pueden llegar a tomar las nubes en estos

tiempos de guerra! Ahí hay una que parece un hombre con un gorro rojo y la cara verde; si no fuese porque los ojos están tan separados, se diría que es igualito a un ser humano. ¡Realmente, a mi edad lo único que me falta es volverme supersticioso!».



EL CEREBRO

Tanto que se alegraba el párroco con la vuelta del sur de su hermano Martín, y cuando este entró por fin en el anticuado cuarto, una hora más temprano de lo que se esperaba, toda su alegría se ha desvanecido. No podía comprender la causa, y solo lo sentía como se siente un día lluvioso de invierno, cuando el mundo amenaza convertirse en cenizas. Tampoco Úrsula, la vieja, supo decir una palabra al principio.

Martín estaba moreno como un egipcio y sonreía amistosamente al sacudirle la mano al párroco.

Claro que se quedaría a cenar en casa y no estaba cansado en lo más mínimo, según dijo. Es cierto que tendría que ir por dos días a la capital, pero después pensaba pasar todo el verano en el hogar.

Hablaron de su juventud, cuando el padre vivía aún, y el párroco notó que el extraño rasgo melancólico de Martín se había acentuado aún más.

—¿No te parece a ti también que ciertos acontecimientos sorprendentes, incisivos, se producen únicamente porque uno no puede reprimir el temor íntimo que le inspiran? —fueron sus últimas palabras

antes de irse a dormir—. Tú recordarás qué espantoso terror me sobrevino ya cuando niño, al ver una vez en la cocina unos sesos de ternera sanguinolentos.

El párroco no pudo dormir: algo como una niebla asfixiante, fantasmal, llenaba la alcoba tan familiar poco antes.

«Es lo nuevo, lo desacostumbrado», pensó el párroco.

Pero no fue lo nuevo, lo desacostumbrado, fue algo diferente lo que introdujo su hermano.

Los muebles no parecían los de antes, los viejos cuadros colgaban como oprimidos contra la pared por fuerzas invisibles. Se tenía el ansioso presentimiento de que el solo pensar cualquier idea extraña y enigmática tendría que traer a empellones un cambio inaudito. «Solo no pensar nada nuevo, quédate con lo antiguo, lo cotidiano», reza la advertencia interior. ¡Los pensamientos son peligrosos como los rayos!

El párroco no podía olvidar la aventura de Martín después de la batalla de Omdurmán: cómo había caído en manos de los negros de Obeíd, que le ataron a un

árbol. El brujo Obi sale de su choza, se arrodilla delante de él y pone sobre el tambor, sostenido por una esclava, un cerebro humano todavía sangriento.

Ahora pincha con una larga aguja las diversas partes de ese cerebro, y cada vez Martín lanza un grito salvaje, porque siente cada pinchazo en su propia cabeza.

¿Qué significará esto?

¡El Señor se apiade de él!

Con todos los miembros paralizados, Martín fue llevado entonces por soldados ingleses al hospital de campaña.

*

Un día encontró el párroco a su hermano desvanecido en casa.

—Precisamente acababa de entrar el carnicero con una fuente de carne —informó la vieja Úrsula, cuando don Martín se desmayó de pronto sin motivo.

—Esto no puede continuar así: tienes que ir al sanatorio para nerviosos del profesor Diocleciano Bueyuno. Es un hombre de fama mundial —le dijo el párroco a su hermano, cuando este volvió en sí. Martín consintió.

*

—¿Es usted el señor Schleiden? Su hermano, el párroco, ya me habló de usted. Tome asiento y cuénteme en pocas palabras qué le sucede —dijo el profesor Bueyuno, cuando Martín entró en la sala de consulta.

Martín se sentó y comenzó:

—A los tres meses del suceso de Omdurmán, usted sabe, las últimas manifestaciones de la parálisis habían…

—Muéstreme la lengua… ¡Ejem!, ninguna desviación, trémor moderado —le interrumpió el profesor—. ¿Por qué no continúa contando?

—…las últimas manifestaciones de la parálisis habían… —siguió diciendo Martín.

—Monte una pierna encima de la otra. Así. Un poco más, así —ordenó el sabio, y golpeó seguidamente con un martillo de acero el lugar debajo de la rótula del enfermo. La pierna saltó al instante.

—Reflejos subidos —dijo el profesor—. ¿Siempre ha tenido usted reflejos subidos?

—No lo sé. Nunca me he golpeado en la rodilla —se disculpó Martín.

—Cierre un ojo. Ahora el otro. Abra el ojo izquierdo, así. Ahora el derecho. Bien, los reflejos de luz en regla. ¿Su reflejo de luz ha estado siempre normal, sobre todo últimamente, señor Schleiden?

Martín calló resignado.

—Debería haber prestado más atención a tales síntomas —observó el profesor, con ligero reproche, e hizo desnudarse al paciente.

Tuvo lugar un largo y prolijo examen, durante el cual el médico manifestó todas las señales del pensamiento más profundo, murmurando, además, palabras latinas.

—Dijo usted antes que tuvo manifestaciones de parálisis, pero no encuentro ninguna —expresó de pronto.

—No, lo que le dije era que a los tres meses habían desaparecido —respondió Martín Schleiden.

—¿De modo que hace ya tanto tiempo que está enfermo?

Martín puso cara de asombro.

—Es un fenómeno curioso que casi todos los pacientes alemanes se expresan tan confusamente —dijo el profesor con una sonrisa benévola—. Debería usted haber presenciado un examen en una clínica francesa. Con qué precisión se explica allí hasta el hombre más sencillo. Por lo demás, su enfermedad no es gran cosa. Neurastenia, nada más. Seguramente le interesará saber también que nosotros, los médicos, hemos logrado, precisamente en estos últimos tiempos, llegar a la raíz misma de estas cosas de los nervios. Sí, es la bendición del método de investigación moderna, el saber hoy día exactamente que, en el fondo, no podemos aplicar ninguna clase de remedios, de medicamentos. ¡Tener siempre a la vista el

cuadro de la enfermedad! ¡Consciente de su propósito! ¡Día a día! Se asombrará usted cuando sepa lo que podemos lograr con ello. Usted me entiende. Y después lo principal: evite usted toda excitación, es veneno para usted, y vuelva a verme cada dos días. De modo que una vez más: ¡nada de «excitaciones»!

El profesor le sacudió la mano al enfermo y pareció visiblemente agotado del esfuerzo mental.

* * *

El sanatorio, una maciza construcción de piedra, formaba esquina en una calle aseada que cruzaba el barrio más despoblado de la ciudad.

Enfrente se extendía el viejo palacio de la condesa de Zahradka, y sus ventanas siempre veladas con cortinas aumentaban el aspecto enfermizamente tranquilo de la inanimada calle.

Rara vez pasaba alguien por allí, pues la entrada al concurridísimo sanatorio se hallaba en el otro lado, junto a los jardines, cerca de los dos viejos castaños.

* * *

Martín Schleiden amaba la soledad, y el jardín con sus flores de alfombra, sus sillones de ruedas y los caprichosos enfermos, con el aburrido surtidor de agua y las estúpidas bolas de vidrio, le resultaba inaguantable.

Le atraían la calle silenciosa y el viejo palacio con las oscuras ventanas enrejadas. ¿Cómo estaría por dentro?

Antiguos gobelinos descoloridos, muebles apolillados, arañas enfundadas. Una anciana con cejas blancas y pobladas, de rasgos ásperos y duros, olvidada por la muerte y por la vida.

Día tras día paseaba Martín Schleiden por la acera, a lo largo del palacio.

En tales calles desiertas hay que caminar junto a las casas.

Martín Schleiden tenía un paso tranquilo, propio de las personas que habían vivido largo tiempo en los trópicos. No estorbaba la impresión de la calle. Hacían juego una con otra, estas dos formas de ser divorciadas de la realidad.

Llegaron tres días calurosos y cada vez, en su solitario camino, encontraba a un viejo que siempre llevaba un busto de yeso.

Un busto de yeso con una cara aburguesada, que nadie podría recordar.

Esta vez tropezaron uno con el otro, el viejo era tan torpe.

El busto se inclinó y cayó lentamente al suelo. Todas las cosas caen lentamente, solo que no lo sabe la gente que no tiene tiempo para observar.

La cabeza de yeso se rompió, y de entre los cascos blancos surgió un sangriento cerebro humano.

Martín Schleiden miró fijamente delante de sí, se estiró y se puso pálido. Después extendió los brazos y se llevó las manos a la cara.

Se desplomó con un suspiro.

* * *

El profesor y los dos médicos ayudantes miraban casualmente por la ventana y vieron el suceso.

El enfermo yacía ahora en la sala de consulta. Estaba totalmente paralizado e inconsciente.

Una media hora más tarde se produjo la muerte.

Se mandó un telegrama al párroco, que ahora estaba de pie, llorando, ante el hombre de ciencia.

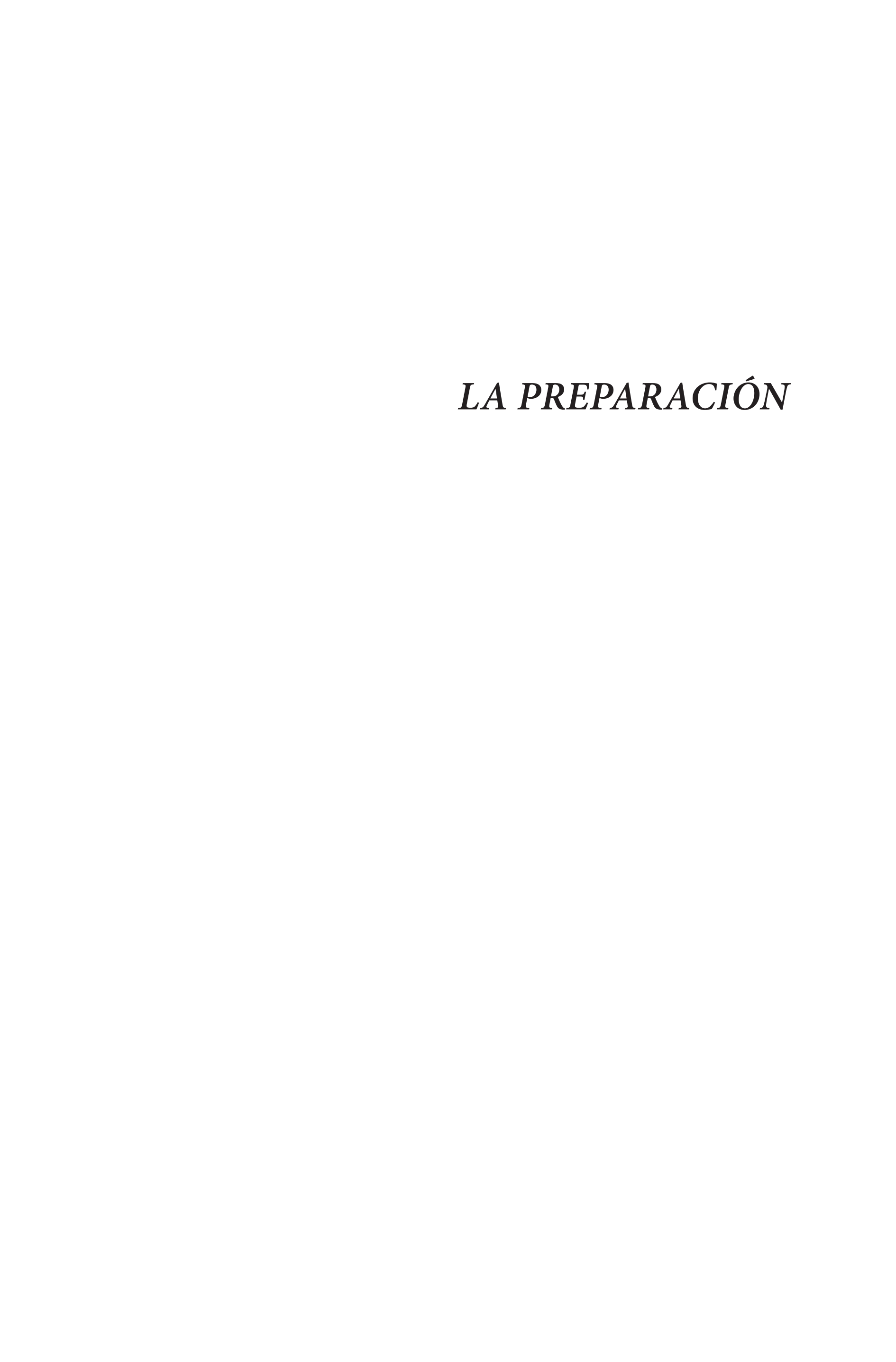
—¿Cómo fue todo tan de prisa, profesor?

—Era de prever, querido padre —dijo el sabio—. Nos hemos atenido estrictamente a las experiencias con el tratamiento, registradas durante años, pero cuando el propio paciente no observa lo que se le ordena, ahí fracasa toda ciencia médica.

—Pero, ¿quién ha sido el hombre del busto de yeso? —le interrumpió el párroco.

—Me pregunta acerca de circunstancias secundarias, para cuya observación no tengo tiempo ni ganas. Déjeme terminar: aquí, en este cuarto, le ordené a su hermano repetidas veces de la manera más terminante que debería abstenerse de cualquier clase de excitación. ¡Orden del médico! Quien no la cumplió fue su hermano. Yo mismo

estoy profundamente apenado, mi querido amigo, pero no dejará usted de darme la razón: la estricta observancia de las prescripciones del médico es y seguirá siendo lo esencial. Yo mismo fui testigo ocular de la desgracia: el hombre se lleva, visiblemente agitadísimo, las manos a la cara, vacila, se tambalea y se desploma al suelo. Para prestarle ayuda, era, naturalmente, demasiado tarde. Ahora mismo puedo predecirle el resultado de la autopsia: anemia cerebral aguda a consecuencia de una esclerosis difusa de la corteza gris. Y ahora, querido amigo, cálmese, ármese de valor y saque una lección de ello; el que la hace la paga. Esto suena duro, pero usted sabe que la verdad no es para los pusilánimes.



LA PREPARACIÓN

Los dos amigos estaban sentados en el rincón del Café Radetzky, al lado de la ventana, con las cabezas juntas.

—Se ha ido, se marchó esta tarde con su criado a Berlín. La casa está vacía. Acabo de llegar y lo comprobé sin lugar a duda. Los dos persas eran los únicos habitantes.

—¿De modo que cayó en la trampa del telegrama?

—No dudé de ello ni por un momento. Cuando oye hablar de Fabio Maríni, no hay quién le detenga.

—Así y todo, me resulta extraño, pues han vivido juntos durante años, hasta su muerte; de manera que, ¿qué novedades de él pudo haber esperado encontrar en Berlín?

—¡Oh! Al parecer el profesor Marini se tuvo calladas muchas cosas. Él mismo lo dejó caer una vez en medio de una conversación, hará de eso medio año, más o menos, cuando el bueno de Axel aún se hallaba entre nosotros.

—¿Hay realmente algo de verdad en ese misterioso método de preparación de Fabio Marini? ¿Lo crees de veras, Sinclair?

—No es cuestión de «creer». Con estos ojos he visto en Florencia el cadáver de un niño preparado por Marini. Te aseguro que cualquiera juraría que el niño solo estaba dormido; nada de rigidez, nada de arrugas; incluso el cutis estaba sonrosado tal como el de un ser vivo.

—Hum. Piensas, entonces, que el persa pudo realmente haber asesinado a Axel, y…

—Esto no lo sé, Ottokar, pero creo que es un deber de conciencia para nosotros dos el asegurarnos de la suerte de Axel. ¡Y si solo se tratase de un letargo, mediante alguna droga que le han suministrado! Dios mío, lo que hice por convencer a los médicos del Instituto de Anatomía, ¡cuánto les imploré que intentaran algo para volverle a la vida! «Pero, ¿qué quiere usted? —decían—, el hombre está muerto, esto está a la vista, y cualquier intervención en el cadáver sin permiso del Dr. Daraschekoh nos está vedada». Y me mostraron el contrato del que se desprendía textualmente que Axel cedía su cuerpo al dueño del mismo después de su muerte y que el día tal y tal había recibido por ello quinientos florines contrarrecibo.

—Increíble, qué asco, ¡y que tal cosa tenga validez en nuestro siglo! Cuando me pongo a pensar en ello me da una rabia… ¡Pobre Axel! ¡Si hubiera sospechado que ese

persa, su enemigo más furibundo, iba a ser el dueño del contrato! Él creía siempre que sería el propio Instituto de Anatomía…

—Y el abogado, ¿no ha podido hacer nada?

—Todo fue en vano. No han querido considerar siquiera el testimonio de la vieja lechera de que Daraschekoh estuvo maldiciendo una vez, al amanecer, en su jardín, el nombre de Axel hasta darle un paroxismo y echar espuma por la boca. Claro que, ¡si Daraschekoh no fuese doctor en medicina europea! Pero para qué seguir hablando. ¿Te vienes o no, Ottokar? Decídete.

—Claro que iré, pero piensa, si nos sorprenden ¡como ladrones! El persa disfruta de una impecable reputación como hombre de ciencia. El mero alegato de nuestras sospechas no es, sábelo Dios, prueba suficiente. No me lo tomes a mal, pero ¿estás realmente seguro de no haberte equivocado al percibir la voz de Axel? No te sulfures, Sinclair, te lo ruego; dímelo otra vez de cabo a rabo, cómo fue aquello. ¿No estarías agitado ya antes de ocurrir la cosa?

—¡Pero de ninguna manera! Media hora antes estuve

en el Hrádchin, contemplando una vez más la capilla de Wenceslao y la catedral de Vito, esas antiguas y extrañas construcciones con sus esculturas como de sangre coagulada, que cada vez de nuevo causan una impresión tan profunda y extraordinaria en nuestras almas, y también la Torre del Hambre y el Callejón de los Alquimistas. Después descendí por la escalinata del castillo y me paré involuntariamente, porque la puertecilla que conduce a través de la muralla, a la casa de Daraschekoh, estaba abierta. En el mismo momento oigo con toda claridad —debía haber sonado a través de la ventana— una voz (y te juro por lo más sagrado; era la voz de Axel) que dice: una…, dos…, tres…, cuatro. ¡Dios mío, si hubiera penetrado entonces en la casa sin perder el tiempo! Pero antes de que pudiera ordenar mis pensamientos, el criado turco de Daraschekoh cerró la puerta de golpe. ¡Te digo que tenemos que entrar en la casa! ¡Tenemos que hacerlo! ¿Qué dirías si Axel estuviera vivo todavía? Mira, no pueden pillarnos ¿Quién anda de noche por la vieja escalinata del castillo? Piénsalo, y ahora sé manejar el zapapico que te vas a quedar turulato.

* * *

Los dos amigos estuvieron vagando por las calles hasta

caer la noche. Después escalaron el muro y se hallaron por fin en la antigua casa, propiedad del persa.

El edificio solitario, en la elevación del parque de Fürstenberg, se apoya, como un vigía muerto, contra el muro lateral de la escalinata del castillo, entreverada de jaramago.

—Este jardín, estos viejos olmos allá abajo, tienen algo de aterrador —murmuró Ottokar Dohnal—. ¡Mira qué amenazante se levanta el Hrádchin contra el cielo! ¡Y estas hornacinas iluminadas allá en el castillo! A fe mía que corre un aire extraño por aquí. Como si la vida se recogiese, hondamente en la tierra, de miedo ante la muerte que acecha. ¿No tienes tú también la sensación de que este cuadro fantasmal pudiera desaparecer de pronto un día, como una visión, un espejismo, que esta vida agachada pudiera despertar, como una fiera espectral, para algo nuevo y horrible?

Y, fíjate, estos senderos de grijo parecen venas.

—Bueno, vámonos ya —insistió Sinclair—, me tiemblan las rodillas de excitación. Toma, ten el plano mientras tanto.

Pronto estuvo abierta la puerta y los dos subieron a tientas por una vieja escalera, apenas iluminada por el resplandor del cielo estrellado, que entraba por las claraboyas.

—No enciendas, podrían ver la luz desde el patio: ¿oyes, Ottokar? Vente pegado detrás de mí.

¡Cuidado!, aquí falta un peldaño. La puerta del corredor está abierta… Aquí, aquí, a la izquierda.

Se encontraron súbitamente en una habitación.

—¡No armes tanto ruido!

—No lo pude evitar: la puerta se cerró por sí sola.

—Tenemos que encender la luz. A cada rato me temo tropezar con algo, hay tantas sillas por aquí.

En ese instante, fulguró en la pared una chispa azul y se percibió un ruido como de un suspiro.

Un leve chisporroteo parecía salir del suelo y de las viejas rendijas.

Un segundo todavía de mortal silencio. Después una voz estertorosa contó lentamente: una…, dos…, tres…

Ottokar Dohnal lanzó una exclamación; raspó, como enajenado, un fósforo; sus manos temblaban de espanto. ¡Por fin, luz, la luz! Los dos amigos se miraron en las caras blancas como la pared:

—¡Axel! —, …cuuuatro…, cinco…, ssseiss…, siiiete…

—La voz viene de aquel nicho.

—¡La vela! ¡Pronto, de prisa!

—… ocho…, nueve…, diiiez…, once…

* * *

En un nicho de la pared pendía de una barra de cobre una cabeza humana de cabello rubio. La barra penetraba en medio del cráneo. El cuello estaba envuelto debajo del mentón con una bufanda de seda, y debajo se veían las dos alas rojizas de los pulmones con los bronquios y las vías respiratorias. En medio se movía rítmicamente el

corazón, envuelto en alambres de oro que llevaban a un pequeño aparato eléctrico en el suelo. Las venas, tirantes, conducían la sangre desde dos frascos de cuello delgado.

Ottokar Dohnal puso la vela en una pequeña palmatoria y se agarró del brazo de su amigo para no caerse.

Era la cabeza de Axel, los labios rojos, el cutis de color saludable, como vivo; los ojos desmesuradamente abiertos miraban con una expresión horrible a un espejo ustorio en la pared opuesta, adornada con paños y armas turcomanas y kirguises. Por todas partes bizarras muestras de tejidos orientales.

La habitación estaba llena de animales disecados; serpientes y monos en raras posturas se entremezclaban con libros dispersos.

En una cubeta de vidrio, encima de una mesa lateral, flotaba un vientre humano en medio de un líquido azulenco.

Un busto de Fabio Marini, vaciado en yeso, miraba con seriedad desde un pedestal.

Los amigos no pudieron pronunciar palabra; miraban, hipnotizados, al corazón de aquel horrible reloj humano, que temblaba y palpitaba como si fuera vivo.

—Vámonos de aquí, por amor de Dios, que me desmayo. Maldito sea este monstruo persa.

Se dirigieron hacia la puerta.

¡Ya! Otra vez el lúgubre chasquido que parecía salir de la boca de la preparación.

Dos chispas azules fulguraron y fueron reflejadas por el espejo ustorio en las pupilas del muerto.

Sus labios se abrieron, la lengua se movió con dificultad tras los dientes, y la voz dijo roncamente:

—…un cua… ar… to…

La boca se cerró y la cara quedó otra vez con la mirada fija.

—¡Horroroso! El cerebro funciona, vive. ¡Afuera, afuera, vámonos afuera, al aire libre! ¡La vela, toma la vela, Sinclair!

—¡Abre ya de una vez, por amor de Dios! ¿Por qué no abres?

—No puedo, mira, ¡mira aquí!

El picaporte interior era una mano humana, adornada de sortijas. La mano del muerto. Los dedos blancos se agarraban al vacío.

—¡Aquí, aquí, toma el paño! ¿Qué es lo que temes? ¡Si es la mano de Axel!

* * *

Estaban de nuevo en el corredor y vieron cómo la puerta se cerraba lentamente.

Una muestra de vidrio negro rezaba sobre ella:

«Dr. Mohammed Daraschekoh. ANATOMISTA».

La vela parpadeó en la corriente de aire que soplaba por la escalera de ladrillos.

Ottokar se tambaleó hacia la pared y las rodillas se le doblaron.

—¡Mira, mira esto! —gimió, señalando el tirador de la campanilla.

Sinclair acercó la luz.

Retrocedió de un salto, y, lanzando un grito, dejó caer la vela.

La palmatoria de hojalata sonó rodando por los peldaños.

* * *

Como dementes, los pelos de punta, la respiración silbante, corrieron escaleras abajo, hacia las tinieblas.

—Demonio persa. Demonio persa.

EL MIEDO

Rechinan las llaves y una cuadrilla de presos baja al patio. Son las doce del mediodía y tienen que ir dando vueltas en círculo, en filas de a dos, para respirar un poco de aire.

El patio está pavimentado. Solo en el centro hay unas cuantas manchas de césped oscuro, como otras tantas tumbas. Cuatro árboles delgados y un seto de ligustro melancólico.

Alrededor, los viejos muros amarillos con pequeñas ventanas de presidio provistas de rejas.

Los presos, con sus trajes grises de presidiarios, apenas hablan y solo dan vueltas en círculo, uno tras otro. Casi todos están enfermos: escorbuto, articulaciones inflamadas. Los rostros grises como de masilla, los ojos apagados. Con los corazones sin alegría guardan el mismo paso. El vigilante con gorra y sable está de pie junto a la entrada y mira inexpresivamente delante de sí.

A lo largo de los muros, la tierra está desnuda. Nada crece allí: la pena se filtra a través de las paredes amarillas.

—¡Lukawsky acaba de estar con el presidente! —un preso comunica la noticia a media voz a los demás, asomado a la reja de su ventana.

La cuadrilla sigue dando vueltas.

—¿Qué le pasa a ese? —pregunta un novato a su vecino.

—Lukawsky, el asesino, está condenado a la horca, y hoy, me parece, debe decidirse si se cumple la sentencia o no. El presidente le leyó en su despacho la confirmación del fallo. Lukawsky no dijo palabra, solo se tambaleó. Pero una vez fuera empezó a rechinar los dientes y le dio un ataque de furia. Los vigilantes le pusieron la camisa de fuerza y le ataron con correas al banco, de manera que no pueda moverse hasta mañana por la mañana. También le pusieron un crucifijo al lado.

—El preso se lo ha ido diciendo a los demás, fragmentariamente, a medida que pasaban delante de él.

—Está en la celda 25 el Lukawsky ese —dice uno de los presos más antiguos. Todos miran hacia arriba, a la ventana enrejada del N.º 25.

El vigilante sigue junto a la puerta sin pensar en nada; aparta con el pie un trozo de pan duro que le estorba en medio del camino.

* * *

En los estrechos pasillos de la vieja cárcel, las puertas de las celdas están muy juntas. Son puertas bajas de roble, empotradas en el muro, con flejes de hierro y fuertes cerrojos. Cada puerta tiene una mirilla enrejada, apenas un palmo cuadrado. A través de ellas penetró la nueva y ahora corre a lo largo de las rejas, de boca en boca:

—¡Mañana le cuelgan!

En los pasillos, como en toda la casa, reina el silencio, sin embargo, se percibe como un leve ruido. Quedo, inaudible. Solo puede sentirse. Penetra a través de los muros y juguetea en el aire, como un enjambre de mosquitos. ¡Es la vida, la vida maniatada, enjaulada!

En medio del pasillo principal, allá donde este comienza a ensancharse, hay un arca vieja y vacía, casi oculta por la oscuridad.

Despacio, sin un ruido, se levanta la tapadera. Algo como un mortal terror atraviesa la casa entera. Los presos se quedan con la palabra en la boca. Ningún sonido en los pasillos: se oye palpitar el corazón y zumbar los oídos.

Los árboles y los arbustos en el patio no mueven ni una hoja; sus ramas otoñales se estiran en el aire nublado. Es como si se tornasen aún más oscuros.

La cuadrilla de presos se detiene como a una señal dada: ¿no ha gritado alguien?

De la vieja arca, se arrastra despacio un gusano asqueroso. Una sanguijuela de formas gigantescas. De color amarillo oscuro con motas negras, se arrastra, succionando el suelo, a lo largo de las celdas. Tan pronto se vuelve gruesa, como otra vez delgada. Así sigue adelante y palpa y busca. A cada lado de la cabeza cinco ojos de mirada fija, muy juntos, sin párpados e inmóviles. Es el miedo. Se arrastra hacia los condenados y les chupa la sangre caliente debajo de la laringe, allí donde la gran vena lleva la vida del corazón a la cabeza. Y con sus anillos escurridizos se enrosca alrededor del tibio cuerpo humano.

Ahora ha llegado a la celda del asesino.

Un grito largo, espantoso, sin interrupción, como un solo sonido sin fin, penetra en el patio.

El vigilante, junto a la entrada, se sobresalta y abre de golpe las dos hojas de la puerta.

—¡En marcha, todos, a sus celdas! —grita, y los presos suben corriendo, sin mirarle, las escaleras de piedra. *Tap*, *tap*, *tap*, con sus burdos zapatos claveteados.

Todo vuelve a estar en silencio. El viento baja al patio desierto y arranca un viejo tragaluz que cae, saltando en pedazos, con un ruido de vidrios rotos, sobre el mugriento suelo.

El condenado solo puede mover la cabeza. Mira delante de sí, a la pared encalada de la prisión. Impenetrable. Mañana, a las siete, vendrán por él. Quedan todavía dieciocho horas hasta entonces. Siete horas más y será de noche. Pronto llegará el invierno, después la primavera y el verano caluroso. Entonces se levantará temprano, ya al amanecer, y saldrá a la calle, a mirar el viejo carro lechero y al perro delante… ¡La libertad! Como que puede hacer lo que quiera.

Ahora siente de nuevo un nudo en la garganta: si tan solo pudiera moverse. ¡Maldita sea, maldita sea!, y golpear las paredes con los puños. ¡Salir! Romperlo todo, morder las correas. No quiere morir ahora, no quiere, ¡ahora no! Podrían haberlo colgado entonces, cuando mató al viejo, que ya estaba con un pie en la tumba. ¡Ahora ya no volvería a hacerlo! El defensor no lo dijo. ¿Por qué no lo habrá dicho él mismo a los jurados? Entonces le juzgarían de otro modo, muy distinto. Tiene que decírselo todavía al presidente. El vigilante tiene que llevarle. Ahora mismo. Mañana será demasiado tarde. Mañana estará el presidente de uniforme y él no podrá acercársele. Y el presidente no le escucharía. Mañana sería demasiado tarde. ¿Quién les diría a tantos policías que se fueran? El presidente no haría eso.

El verdugo le ajusta el nudo corredizo, tiene los ojos pardos y le mira severamente la boca. Ahora tiran de la cuerda: todo está dando vueltas; paren, paren, él quiere decir todavía algo, algo muy importante.

¿Vendrá todavía el vigilante a desatarle del banco? Él no puede quedarse así las dieciocho horas enteras. No puede ser. Claro que no, si todavía tiene que venir el

confesor; ha leído que siempre es así. Es la ley. Él no cree en nada, pero lo va a exigir, es su derecho. Y le romperá la cabeza al fraile descarado; con este botijo se la romperá. Tiene la lengua como de corcho. Quiere beber, tiene sed. ¡Por Dios Santo! ¿Por qué no le dan nada de beber? Se quejará. Se saldrá al frente y presentará la reclamación la semana que viene, cuando pase la inspección. ¡Ya le pondrá él las peras a cuatro al vigilante, al perro piojoso ese! Se pondrá a gritar y gritará hasta que vengan a desatarle, dará voces y más voces hasta que se caigan las paredes. Y entonces se pondrá a descansar, al aire libre, arriba, bien alto, para que no puedan encontrarle cuando estén husmeando y dando vueltas alrededor de él.

Tendrá que haberse caído en alguna parte, piensa; le dio una estrepada el cuerpo…

¿O se habrá dormido? Está anocheciendo.

Quiere agarrarse de la cabeza: sus manos están atadas. Desde la vieja torre retumba el tiempo, un, dos… ¿Qué hora será? Las seis. ¡Padre en los cielos, solo quedan trece horas!, y le quitan el aliento del pecho. Van a ejecutarle, despiadadamente; le van a ahorcar. Los dientes le castañetean de frío. Algo le está chupando el corazón, no

puede verlo. Ahora le sube al cerebro, negro, negro. Grita y no se oye gritar; todo grita en él: los brazos, el pecho, las piernas, el cuerpo entero, sin cesar, sin cobrar aliento.

* * *

Un hombre se acerca a la ventana del despacho, la única que no tiene reja. Es un hombre viejo, con barba blanca y un rostro duro y adusto. Se asoma y mira al patio. Los gritos le molestan, frunce el ceño, murmura algo y cierra la ventana de golpe. Algunas nubes cruzan el cielo y forman ganchudos jirones, jeroglíficos desgarrados, como una vieja escritura extinguida: «No juzgues si no quieres ser juzgados».

“Ahora el cuerpo redondo de color negro terciopelo flotaba libremente, inmóvil, en el espacio...

Colección
Lima Lee

